

## Las fotos con Calamaro

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez\*

Salté del metro en estación Chueca y subí la escalera que me acercaba al kiosco donde cada quince días encontraba la revista de manualidades. El número de esta quincena traería material suficiente para hacer un colgante de macramé. Pero ese día no la hallé. El tendero no me quiso explicar nada. Viejo egoísta. La tengo que encontrar, ni que fuera tan barata, apoco ya vendió todas, seguro tiene algún ejemplar guardado para su abuela. Maldito. Me fui mascuchando groserías para el tipo. Ni me oyó, ni alguien más, así que di rienda suelta a mi perorata.

Mientras caminaba atravesando la plaza, vi en una banca una figura que me pareció familiar. Pero no pensaba con claridad, de inmediato me dije: no es él, no puede ser. El tipo estaba con sus característicos lentes de aviador en acabado espejo. El aro dorado. La camisa a rayas azules. Desabotonada. Una raya delgada y una gruesa, alternadas en un fondo blanco, pero no se veía demasiado limpio, más bien un tanto descuidado. Los pantalones eran de ese color que parece chicle masticado. Quiero decir que no es un color definido, aunque no se ve mal. Los botines de piel de buena calidad lucían muy suaves, con esas arrugas que se forman casi de inmediato al calzarlos. Era como un vaquero perdido en la ciudad. Leía un periódico y me acerqué lo suficiente para comprobar que era él. Sí que era él.

Andrés Calamaro en persona. Un aire se me encajonó en la boca del estómago. Me asaltó la idea de sentarme en su banca y luego... ¿Qué le iba a decir? ¿Y si me tiraba a león? ¿Si de pronto aparecían sus guardaespaldas y me sacaban a patadas de ahí? ¿Y si mejor me hacía la occisa y solo me sentaba a contemplarlo, esperar que me viera a ver qué pasaba? ¿O tal vez sería mejor irme de ahí, sería muy ridícula hablando a un artista tan famoso, de seguro sus fans no

lo dejaban en paz, pero... ¿Y si le gustaba que alguien le hiciera plática? Empecé a repasar la letra de una de sus canciones. *Los aviones*, se llama. Pero no, esa no expresa lo que quiero decir. Mejor la otra, que habla de que estamos lejos de la patria. Porque estamos. No, pero no podría llegar tarareando como orate. Además, creo que todas las *grupies* hacen eso, van con su: ¿y esa canción que cantas que blablabla? Esa no era buena estrategia. Y mencionar lejanía a lo mejor no era buena idea.

Caminé hacia esa banca y simplemente me senté a su lado, tratando que pareciera algo casual. De nuevo repasé toda su indumentaria empezando con los botines. Lo vi flaco, más que en los videos o en el último concierto, apenas en junio pasado. Sus manos tan blancas y delicadas sostenían el periódico y él, ajeno a quien lo miraba o dejara de verlo, leía. Yo hasta imaginaba sus manos sobre la guitarra.

De repente dio un chasquido y bajó el diario, volteó a verme y dijo:

– ¿Puedes creer que el Atlético de Bilbao va a transferir a Mogote?

¡Cielos! Yo tan desconocedora de fútbol. Intenté hacerme la sabihonda y murmuré simplemente:

– ¡Bah! ese equipo no pretende sino deshacerse de él, ganar unos euros sin medir las consecuencias.

Con su elocuencia dijo:

– Tenés razón, son simples mercenarios esos tipos. No vale la pena esto del fútbol. Pero, ¿entonces qué será lo importante en la vida? Yo todo el tiempo había apostado por el fútbol y al final del día, aunque no lo creas así –dijo, con esa frase hecha de “al final del día” – te das cuenta que eso no es lo elemental.

\* Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la educación, ha colaborado en publicaciones como A Lápiz, Conciencia Libre, La Quincena, Nosotras y Trastienda.

Me atreví a comentar:

– Siempre están los amigos, la amistad es algo bueno, no sé... el amor, la madre, fíjate que la semana pasada un amigo querido se suicidó. Si vieras cómo me ha dolido.

– ¡No! ¡De eso no hablemos! ¿Era mexicano como vos? ¿Por qué se mató?

– Como dices es mejor no hablar de esas cosas porque parece que invocamos a la muerte. El tipo tenía una relación muy complicada con su madre y con su hermana. Gente muy destacada en la academia y él, nomás no daba una y siempre se sintió como poca cosa, era gringo. ¿Se me nota mucho el acento mexicano?

– No, no me digás eso, sí, sí se te nota que eres mexicana pero no por el acento. Es que así se visten y hasta como te sientas y bueh, nadie más cálido que los mexicanos para venir a sentarse a conversar. Pero decime: ¿cómo le cayó el balde de hielos a la familia? Mirá, ya estoy pensando escribir una canción del suicidio.

– No, este... oye, mejor no la escribas o sí, bueno... solamente no se te ocurra decir que por esa falta de qué se yo, autoestima o reconocimiento... pero ni me hagas caso, y ya sé que ni te importa y dirás lo que quieras en tu canción, ¿eh, flaco? Oye, te veo muy flaco.

Mientras hablaba con él, una parte de mí pensaba: estás conversando con Andrés Calamaro y ni le has pedido una foto o un autógrafo o lo que sea, te la pasas hablando de nada. Con miedo a que él se levantara y se fuera y nadie me iba a creer que lo vi y menos, de lo que platicamos.

Se me ocurrió denunciar con él al tipo del kiosco que no tuvo MI revista y se interesó por el macramé.

– ¿Qué es eso? ¿Cómo trenzás el cordón? ¿O es hilo? Me gustaría aprender a tejerlo.

Eso le quitó el peso negativo a lo del tendero, dejé de pensar que no me la quiso vender. De nuevo miré con atención sus manos que, aunque flacas, se veían fuertes, claro, cómo pulsa tan bien la guitarra. Le dije que con esas manos sería fácil.

– Cuando tengas vacaciones te puedo enseñar, no es tan difícil y sirve para relajarse y hasta terminas colgando tus obras en las paredes.

Se puso muy serio y dijo: tenés razón, en la vida lo importante es tener amigos. Y fijate tú, que no te busquen por quien sos o tu fortuna, veo que te acercaste a mí solo para platicar y ya ves, hasta me vas a dar clases.

Yo me ruboricé porque la neta, eso estaba muy lejos de lo que decía, estaba interesada de más en él y había estado divagando, hasta parecía que provocaba que él también divagara, o tal vez ese era su estilo, entonces me levanté y simplemente le dije: voy a seguir buscando mi revista, chao, tres calles adelante espero encontrarla.

– Pero cómo te vas así, sin un apretón de manos, ¿sin una fotografía conmigo? No seas cruel, piba, vení acá.

Tomamos una foto, dos y tres con su celular y hasta las compartimos por AirDrop. Me puse muy contenta, pero las compartimos así para que no pensara que yo quería guardar su número telefónico. Ni siquiera quería demostrar lo feliz que estaba. En mi mente, tarareaba una de sus canciones.

Al irme de ahí, apenas avancé diez pasos y volteé hacia la banca y ya no estaba. Miré a un lado y otro, no lo vi, busqué entre las fotografías de mi teléfono, rebusqué y no había ninguna con él.